

siguiendo el modelo estadounidense, muy progresista en la época que se estudia. La experiencia se corta dramáticamente con la guerra civil.

Luz Sanfeliu, profesora titular de Historia de la Educación de la Universitat de València, es autora del capítulo «Educar para la democracia. Asociacionismo feminista y sociabilidad instructiva para las mujeres y jóvenes durante la Segunda República», en el que profundiza en la labor realizada por Unión Republicana Femenina, fundada en octubre de 1931 por Clara Campoamor, y la Asociación Femenina de Educación Cívica, impulsada en 1932 por María Lejárraga. Luz Sanfeliu analiza con agudeza la amplia labor formativa de ambas agrupaciones y su contribución a la formación de la «ciudadana demócrata» partiendo de los principios de libertad, igualdad, laicismo, solidaridad y emancipación femenina, frente al modelo defendido desde sectores católicos.

José Luis Hernández Huerta, profesor de Historia de la Educación de la Universidad de Valladolid, presenta en «Women and Educational Renewal in Spain (1931-1939). The Contributions of the Freinet Teachers» los perfiles y prácticas de las maestras freinetianas españolas, analizando en detalle el caso Cataluña, donde la pedagogía Freinet tuvo mayor arraigo.

Antonio Francisco Canales Serrano, profesor de Historia de la Educación de la Universidad de La Laguna, ofrece en «A baccalaureate programme for young ladies. Father Errandonea's proposal in the debate on female secondary education in Spain during the early years of Franco's regime» el modelo educativo que se ofrece a las mujeres españolas tras la guerra civil, deteniéndose en la propuesta de bachillerato femenino del padre jesuita Ignacio Errandonea, director del periódico *Razón y Fé*. La propuesta, muy en consonancia con el régimen, y dirigida a mujeres de clase media

alta y alta, no triunfó por su falta de visión práctica.

Por último, Vassilis A. Foukas, profesor de Historia de la Educación griega moderna en la Aristotle University de Tesalónica, estudia en «Women's education in Greece (1929-1979). Democratisation, modernisation and co-education» los cambios experimentados por la educación de las mujeres griegas en el siglo xx, especialmente con las reformas de 1964 y 1976, que impusieron la obligatoriedad de la escolarización y la coeducación, deteniéndose también en el papel de las maestras en la educación femenina.

En suma, el libro nos ofrece una completa visión de la educación de las mujeres en la Europa mediterránea en los siglos xix y xx, muy necesaria por la falta de estudios de conjunto sobre la zona geográfica que nos ocupa y esclarecedora para entender el mundo en el que hoy vivimos.

ÁNGEL SERAFÍN PORTO UCHA

CEREZO MANRIQUE, Juan Francisco y
CEREZO MANRIQUE, Miguel Ángel:
«Museísmo Pedagógico». Monografía de *Aula*. Revista de Pedagogía de la Universidad de Salamanca, vol. 22, 2016, pp. 1-172.

En lo que va de siglo, el museísmo pedagógico en el mundo ibérico ha experimentado un despegue inusitado que cabría calificar, sin temor a la hipérbole, de auténticamente exponencial. No hay más que pensar en el número de instituciones museográficas en activo a la altura del año 2000 y las que existen hoy en día. O el caudal de estudios sobre la materia de los que disponíamos entonces y los que tenemos en la actualidad. Buena prueba del auge que ha adquirido el tema

la ofrece el número de monografías que las revistas especializadas le han dedicado en estos últimos años. Hoy es *Aula*, publicación periódica de carácter pedagógico de la Universidad de Salamanca, que en la entrega correspondiente a 2016 reserva su bloque monográfico al tópico mencionado.

El volumen, coordinado por los profesores Juan Francisco y Miguel Ángel Cerezo Manrique, reúne nueve trabajos sobre distintas experiencias museísticas desarrolladas en nuestro país y en el vecino de Portugal que se mantienen en este momento en activo, precedidos de una presentación general a cargo de los coordinadores y un artículo colofón de enmarque teórico pero con palmarias ramificaciones prácticas, firmado por José María Hernández Díaz, director de la revista y uno de los pioneros en las décadas finales de la pasada centuria de la tentativa de reactivación y puesta al día de aquel memorable emblema museal que fue durante más de medio siglo el Museo Pedagógico Nacional.

El corpus de la monografía recoge textos que cubren una amplia gama tipológica de los llamados museos pedagógicos o de la educación presentes en el mapa peninsular desde hace varios años o aún en vías de configuración. Dos son los ámbitos preferentes a los que se adscriben las experiencias analizadas: el autonómico o regional y el propiamente local, con sus gradientes entre la comarca y el municipio, el pueblo, la parroquia, el barrio o la aldea, que de todo hay a lo largo y ancho de nuestra geografía, en consonancia con su peculiar y variable organización territorial endógena. El primero, con antecedentes históricos ya casi centenarios en algunos casos y, por lo que aquí concierne, reflejo del esquema político-administrativo español que se implanta tras la restauración democrática. Y el segundo, consecuencia en gran medida de los avatares que experimentó la escuela primaria y su entorno

rural de inserción desde la década de los 70 del pasado siglo, comunes a España y Portugal con mínimos desfases temporales. En uno y otro supuesto, las experiencias museísticas ya consolidadas o en proceso de implantación constituyen, sin ningún género de dudas, un reflejo de la sociedad de su tiempo. Lejos quedan ya planteamientos museológicos de más amplia cobertura, que se mostraron prevalentes en otras épocas, como ya tuvimos oportunidad de documentar en el informe *Os museos da educação en Internet* (2004).

Atendiendo a otro criterio como es el de la filiación orgánico-funcional de los museos, nos encontramos, de una parte, iniciativas dependientes de las Administraciones públicas (principalmente autonómicas y municipales) y, de otra, de organizaciones privadas (asociaciones culturales y personas particulares). Claro que casi siempre en empresas como estas, tan poco proclives al amparo institucional, la iniciativa individual precede a la corporativa y actúa de propulsora de la experiencia, no solo en su gestación sino también por lo regular en su estabilización y desarrollo.

Más allá de esta elemental caracterización, que el lector interesado puede ampliar por su parte con la lectura directa de los textos, un hilo conductor vertebrará el contenido del grueso de los trabajos. Y este gravita, como subrayan los coordinadores en su presentación, en torno a la idea de que los museos especializados en materia educativa, como todos los demás, han de prestar un servicio a la sociedad en la que se asientan, coadyuvando al desarrollo comunitario, puesto que de la comunidad provienen sus fondos –en la más extensa y plural acepción de este término– y a ella deben retornar convenientemente revalorizados, con un valor añadido o dotados de nuevos usos y funcionalidades, a fin de afianzar la cohesión a escala local y de propiciar prácticas de dinamización sociocultural que

fomenten la sociabilidad interna, sirvan de polo de atracción para los foráneos y proyecten las realizaciones locales más allá de su propio escenario de cristalización, contribuyendo así a su difusión y réplica –con certeza, no necesariamente mimética– en otros contextos.

Este enfoque del museísmo pedagógico emerge como punto de llegada de un itinerario que en el contorno ibérico ha discurrido en su más reciente singladura desde las postrimerías de los 80 hasta la actualidad. En este intervalo de alrededor de 30 años, como bien apuntan los coordinadores, la museología de la educación ha ido transitando desde el rescate y la valorización de los acervos patrimoniales como prioridad, pasando por su ulterior incardinación en la cultura escolar y desembocando en la dimensión social que comporta una vuelta de los enseres a sus orígenes, provistos de novedosas significaciones. Abundando en esta idea, se remarca que la devolución del patrimonio educativo a sus legítimos titulares (el conjunto de la ciudadanía) posibilita y favorece «la reconstrucción de la memoria pedagógica individual y colectiva», tarea que a todos nos convoca y que convierte a los museos en un «punto de encuentro, de plataforma y atalaya desde la que poder hablar de la educación» en sus múltiples vertientes, modalidades e implicaciones, dejando oír las voces tanto de los expertos como de cuantos quieran participar en la siempre apasionante aventura del aprendizaje y el conocimiento compartidos.

Desde estos planteamientos genéricos y algunos otros se van desgranando los diferentes aportes que se compilan en el bloque monográfico del volumen, donde encuentran concreción algunas de las experiencias museográficas emprendidas en distintos enclaves del área peninsular, primordialmente en los tres primeros lustros del nuevo milenio, aunque algunas iniciativas arrancan ya de las décadas finales de la centuria precedente.

Tras la presentación, en orden sucesivo, la colectánea se abre con un balance del primer decenio de actividad del *Museo Pedagógico de Aragón* (Huesca), por parte de su director Víctor Juan Borroy, atendiendo a indicadores como número de visitantes, sistemas de catalogación, publicaciones realizadas y préstamos del fondo patrimonial efectuados. Desde su dilatada trayectoria en el campo, el autor ofrece un decálogo de pautas y sugerencias de probada utilidad para quienes se inicien en las tareas del ámbito, agregando además una interesante reflexión acerca de los museos pedagógicos ubicados en las antiguas escuelas rurales, con sus potencialidades y limitaciones. Resulta muy acertada y plausible la idea de que el idóneo funcionamiento de los museos rurales depende en buena medida de la existencia de un centro museístico que –quizá a escala autonómica– actúe como coordinador de las diferentes extensiones distribuidas por su zona de influencia.

La segunda contribución se ocupa del *Museo Pedagógico de Otones de Benjumea* (Segovia), una iniciativa de alcance local, fraguada en el magma del movimiento sociocultural que germinó en los años de la transición democrática, en la localidad segoviana de donde toma su nombre y bajo los auspicios de la Asociación Cultural El Corralón. Los profesores Cerezo Manrique, artífices de la entidad museográfica relatan su génesis y desenvolvimiento, encuadrándola en las coordenadas de la etnohistoria escolar y acentuando dimensiones de la misma como su vocación colectiva, participativa y colaborativa, sustentada en el voluntariado; su configuración como espacio de confluencia, diálogo y debate educativo en favor de la ciudadanía, y su condición de ariete de dinamización sociocultural y desarrollo comunitario de la población rural donde se halla enclavada, optimizando la calidad de vida de sus residentes por medio de las actividades formativas y culturales que promueve.

Con el aval del decanato que ostenta el actualmente conocido como *Museo Pedagógico y del Niño de Castilla-La Mancha* (Albacete), su director y principal impulsor Juan Peralta Juárez, tras una serie de acotaciones teóricas acerca del sentido y la misión de los museos en su devenir histórico y de la función formativa atribuida a los mismos en el marco de la sociedad educadora, con una cuota de responsabilidad añadida para los museos pedagógicos, reflexiona sobre la labor del *MUNI* en torno al rescate, custodia y difusión del patrimonio educativo en su Comunidad Autónoma de referencia. El centro, en su prolongada y sinuosa singladura, se ha erigido en arcón de acogida y tratamiento de los testimonios, vestigios y huellas que fueron quedando de la infancia y la adolescencia en sus diferentes hábitats de convivencia. Se hace notar también su aporte en las áreas docente e investigadora, poniendo a disposición de los usuarios un valioso y bien dotado contenedor documental de gran utilidad para el profesorado y el alumnado que lo visita. Pero más allá de estas tareas, en gran parte comunes con otros establecimientos análogos, se hace notar su faceta de compromiso comunitario con cuantos a él concurren desde el entorno más cercano, a quienes brinda vivencias, emociones y recuerdos de su propio ecosistema, en concomitancia o contraste con las señas de identidad y las costumbres de otros entornos culturales próximos o lejanos.

M.^a del Carme Agulló Díaz y Blanca Juan Agulló trazan un recorrido por las distintas experiencias museográficas emprendidas a partir de la década de los 70 en diversas escuelas de la Comunidad Valenciana, así como por otras iniciativas de mayor alcance, imbricadas con la etnografía, en las que también encuentra cabida la cotidianeidad escolar. Al margen de las diferencias obvias entre ambas variantes, la voluntad compartida que las anima estriba en servir de «foco

de atracción de público» y actuar como agencia de «dinamización del territorio». Frente a estas iniciativas respetuosas con el mantenimiento de los enseres en sus viveros de procedencia, surgen otras desde sectores universitarios más polarizadas hacia la investigación y la difusión de los artefactos acopiados. Unos y otros espacios cumplen funciones análogas de recuperación, puesta en valor y divulgación de los útiles exhumados, aunque su inmediatez o lejanía con el yacimiento de las fuentes puede derivar en grados de implicación distintos con las comunidades concernidas, cuya responsabilidad decisoria atañe a los agentes en ellos involucrados. Como sugerencias de futuro, las autoras abogan por la creación de un museo pedagógico tutelado desde la universidad que actuaría como núcleo coordinador de una red de escuelas-museo y museos escolares repartidos por las localidades rurales de la Comunidad. De la confluencia y complementariedad entre ellos se beneficiaría toda la ciudadanía, al conducirse estos centros concertadamente, posibilitando «ampliar y mejorar el discurso museístico de cada una de estas escuelas-museo» al tiempo que se hiciera asequible «el discurso académico a una población más amplia», sin necesidad de desplazar a entornos artificiales los útiles generadores de memoria e identidades disponibles en cada escuela de antaño.

Una trayectoria similar a la valenciana es la que presenta el patrimonio escolar asturiano del que se ocupan Carmen Diego Pérez y Monserrat González Fernández en su trabajo. En él hacen un seguimiento de las colecciones museográficas consolidadas y de las intervenciones que con desigual fortuna se llevaron a cabo para su inventario y catalogación desde la década de los 80 en el Principado. El montante conservado se reparte en dos sectores: colecciones escolares vinculadas a espacios no originarios de los acervos (museos etnográficos, museos privados o colegios en activo) y fondos

patrimoniales alojados en antiguas escuelas convertidas en museos escolares, con distintas variantes endógenas. En conjunto suman un total de 10 colecciones. En ambas modalidades prevalece la contextualización socio-etnográfica de los objetos musealizados, su estrecha trabazón a las comunidades locales y a la iniciativa de sus docentes autóctonos, y su acotación cronológica preferente a la primera mitad del siglo xx. Las autoras se decantan por un acoplamiento más estrecho entre los saberes histórico-educativos y el utillaje patrimonializado que permita realzar «la representatividad de los objetos, la importancia de su conservación, [y] el protagonismo de esos útiles en la cultura». También enfatizan la perentoriedad de «tomar en consideración a los actores del proceso de enseñanza y de aprendizaje para evitar la cosificación y congelación del conocimiento histórico educativo». Y por último manifiestan su confianza en que las iniciativas museográficas reseñadas contribuyan a reactivar sus respectivos enclaves de emplazamiento, principalmente si más allá de planteamientos recolectores y conservacionistas se integran en proyectos educativos y culturales más holgados que tiendan puentes de comunicación entre el pasado y el futuro.

Desde la vecindad geográfica con las experiencias anteriores, aunque con urdimbre institucional divergente, emerge la propuesta impulsada por el *Centro de Recursos, Interpretación y Estudios de la Escuela* de Cantabria (Polanco), de la que da cuenta José Miguel Sáiz Gómez. En su texto queda patente la labor interinstitucional desarrollada por aquel organismo, que le ha permitido no solo desarrollar un amplio programa de visitas guiadas para todo tipo de público a la magnífica y evocadora sede con ribetes literarios que alberga sus colecciones, sino también acometer experiencias dinamizadoras en otros lugares de la Comunidad y en sus establecimientos docentes. Con una

poliédrica estrategia, basada en el trabajo por proyectos, lleva particularmente a las localidades rurales cántabras, propuestas que acercan y dan a conocer la escuela de otrora al paisanaje, fomentando entre los participantes actividades tendentes a la recuperación, conservación, captación y acopio de enseres educativos de épocas pretéritas. Bajo este criterio colaborativo, rehabilitador de la memoria material de la enseñanza, logró musealizar la antigua escuela rural de Pesquera, iniciativa incardinada en una oferta turístico-cultural de mayor envergadura, sustentada en la participación ciudadana. Es así como el *CRIEME*, sin abandonar su carácter nodal en cuanto espacio de cobertura autonómica al servicio de la patrimonialización de la cultura escolar, opera como «sujeto generador de recursos y dinamizador del entorno», focalizando su acción hacia las zonas más deprimidas a fin de mejorar la calidad de vida y de incrementar el umbral de bienestar de sus moradores.

Frente a experiencias de largo recorrido como algunas de las pergeñadas en los artículos precedentes, Jesús Asensi «desde su retiro profesional» y con un profuso caudal de exposiciones organizadas y comisariadas en sus alforjas traza las líneas maestras de un futuro museo de la educación a implantar en tierras malagueñas, con una dependencia administrativa local y ensamblado con otros centros culturales de la localidad que lo acoja, Alhaurín de la Torre. Tras dilucidar pormenorizadamente diversos componentes relativos a las vertientes organizativa y funcional del establecimiento en ciernes, esboza la concepción del mismo como «un ámbito abierto y dinámico, donde el público, que ya lo demanda, pueda actuar e interrelacionarse con su contenido», siendo además «un espacio interactivo en el que se reconstruye la identidad comunitaria» y se preserva «la memoria histórica de la educación y de los acontecimientos locales y provinciales

de Andalucía». El texto abunda también en los potenciales destinatarios, la presentación de los contenidos, la configuración de los procesos formativos, la apertura de talleres, el fomento del turismo cultural en un entorno particularmente idóneo para ello y la enunciación de un elenco sumario de actividades que se promoverán desde el planeado y anhelado museo.

La apertura de horizontes de análisis hacia el país vecino permite corroborar que las analogías entre España y Portugal en materia de museología pedagógica son muy abundantes y los itinerarios surcados en los dos países, coincidentes en muchos extremos. Así nos lo confirma la contribución de Alberto de Jesus Almeida sobre el *Museu Pedagógico de Lamego*, de reciente apertura y que él dirige. Tras una reflexión inicial en la que subraya la condición de los museos como «centros de aprendizaje informal y de educación permanente», realiza un seguimiento por la tradición museística a escala internacional y portuguesa, deteniéndose en la génesis y propagación de los museos pedagógicos en España y Portugal en las dos etapas de su singlatura, para a continuación ocuparse de su centro de referencia. Se constata que, al igual que en España, la red escolar rural portuguesa, caracterizada por la uniformidad y dispersión de la oferta, experimentó un repliegue y cierre masivo de sus instalaciones originarias en las décadas de entresiglos y una consiguiente concentración de los efectivos escolares en las cabeceras de distrito. Como consecuencia de ello surgieron iniciativas orientadas a dotar a las antiguas escuelas primarias de nuevas funcionalidades, entre las cuales destaca su conversión en museos escolares. De ahí procede la idea de la creación de este museo en una de las numerosas escuelas clausuradas en el término municipal de Lamego, como ya había acontecido anteriormente en otras localidades del país. La iniciativa

evidencia la implicación de la comunidad local en la empresa, con la convicción de que el museo podría llegar a ser en el futuro «uno de los motores económicos de la aldea, un dinamizador de la economía local, un polo de atracción de inversiones, un motivo de fijación de población y consecuentemente un factor de crecimiento económico de la región». El autor acredita su indeclinable optimismo en el proyecto que apadrina, en cuanto agente de desarrollo, tanto por la acción socio-cultural que está llamado a generar y desplegar el nuevo equipamiento educativo como por las derivaciones positivas que previsiblemente reportará a la economía local, aunque quizá esto último sea algo que con el paso del tiempo convendrá ponderar y aquilatar.

El panel de experiencias se cierra con una iniciativa museográfica bien diferenciada en su temática y contenido de las propuestas precedentes: el *Museo Vivo del Valle del Hierro-Legazpi* (Gipuzkoa), que patentiza como en ningún otro caso la asunción por parte de un pueblo de su propia tradición e historia en los dominios laboral, material, convivencial y simbólico. Tal vez la fórmula más plena y rotunda de enaltecimiento comunitario y de promoción autoidentitaria desde su genuino periplo multisecular. Olatz Conde peregrina en su trabajo por la historia del territorio musealizado, que recrea y exhibe su idiosincrasia labrada a través de sucesivas generaciones y de oficios varios. A continuación rememora la génesis, trayectoria, contenidos y enclaves museográficos de un macroproyecto que ha merecido numerosas distinciones y generado diversas líneas de indagación financiadas desde organismos europeos. También ofrece una útil guía de itinerarios para el visitante que se acerque a la localidad, con paradas en el Museo del Hierro Vasco, las ferrerías, los caseríos, la fábrica de papel y los talleres de forja de Chillida. Por supuesto, en esta ruta por la cotidianidad en el tiempo no podía

faltar una referencia expresa a la enseñanza en aquel contexto. Esta arranca del período del nacionalcatolicismo y se encauza hacia la preparación de la clase obrera masculina, el único segmento atendido inicialmente, en aras de garantizar el relevo generacional de los operarios de la factoría con mano de obra dócil, concienzudamente adiestrada según los cánones del régimen y las directrices de la empresa. Las clases para chicas demoraron su implantación aún un cuarto de siglo, buena prueba del sesgo educativo de la época.

La monografía se cierra con una reflexión teórica pero trufada de una cetera y fértil vertiente de meridiana aplicabilidad práctica a cargo de José M.^a Hernández Díaz, bajo el rótulo «Museísmo pedagógico, contexto y ciudadanía». En ella, tras significar la extraordinaria expansión y diversificación que experimentó el denominado museísmo pedagógico en nuestro país y en otros escenarios tanto próximos como lejanos en apenas dos décadas, se adentra en los nuevos cometidos sociales que están llamados a cumplir los museos especializados en materia educativa en nuestros días, al «erigirse en una oportunidad para la mirada de un espectador que no solo es experto en educación, o en historia de la educación en concreto, sino que también es un ciudadano normal, con cierto grado de cultura, y con un creciente nivel y capacidad de explorar y apropiarse de una lectura con sentido emotivo y estético hacia un objeto y ambiente de significación pedagógica, del pasado y de la actualidad».

A nadie se le oculta, y así lo entiende Hernández Díaz, que los museos pedagógicos al uso hoy en día han de ser repositorios (o algo más que eso) de primer rango para la investigación histórico-educativa y de otras áreas disciplinares vinculadas al conocimiento de la educación en general, pero al propio tiempo han de desenvolver una labor formativa, abierta

y participativa, también de máximo y crucial relieve en la comunidad donde se asienten. Más aún, cualquiera que sea la variante tipológica de la que se trate –que muy exuberante es el catálogo como se muestra en el texto–, el museo pedagógico en su rol de agencia sociocomunitaria al servicio de la colectividad humana que lo sostiene y, particularmente, como institución cultural y educativa, debe contribuir en la medida de sus posibilidades al mayor grado de desarrollo integral de la circunscripción que le sirve de base, acomodándose a los criterios rectores de la *ciudad educadora* e incardinando sus prestaciones como ingrediente de la oferta educativa, cultural y patrimonial que brinde la localidad de que se trate al conjunto de su ciudadanía y también a los visitantes que a ella afluyan. En otras palabras, el museo ha de asumir el papel de agente pedagógico de vertebración, dinamización y proximidad ciudadana. Como escribe Hernández Díaz, «El museo pedagógico tiene que erigirse en un espacio de mediación social y cultural de la ciudad, en un recurso pedagógico al servicio de la comunidad, que puede quedar integrado en una red abierta de oportunidades culturales y formativas». Claro está, cada una de estas funciones, que le confieren arraigo social, no han de solapar su nervura prioritaria que radica en ser «un espacio orientado a la educación y a la formación de los ciudadanos, y también de sus educadores, profesores y formadores, en activo o en camino».

En línea de continuidad con lo anterior y para brindar adecuadamente sus prestaciones al conjunto de la ciudadanía, el museo pedagógico ha de comprometerse con la recuperación, salvaguarda y protección de los acervos que conforman el patrimonio histórico-educativo. Para ello debe disponer de las herramientas, equipamientos y personal idóneo. De tal modo que, como resultado de la combinación de todos estos elementos se consiga «ofrecer a los ciudadanos, a

la comunidad próxima y a todo tipo de visitantes, la presentación y explicación ordenada de los materiales expuestos con la máxima calidad expositiva posible, y desde luego dentro del mejor y deseable sentido estético».

El museo pedagógico por el que se aboga se entiende, asimismo, como un «espacio de sugerencias y emociones» que «ha de servir de acicate para la creatividad». Esto requiere que cada museo disponga de una «gramática propia» que despierte las emociones en su público, fomentando su interactividad y aun si cabe la fidelización y la alianza cívico-solidaria con el propio establecimiento museístico. Algo que, en gran medida, va a venir condicionado por la misma identidad del museo y su cercanía con los usuarios concurrentes a sus salas.

Finalmente, el museo pedagógico propugnado se concibe también como «factor de socialización y promotor de desarrollo comunitario». En las coordenadas del pujante turismo cultural, el museo pedagógico puede tener un lugar reservado en simultaneidad y sinergia con otras instituciones análogas, siempre que su oferta posea la capacidad atractiva y la calidad productiva indispensables para captar visitantes foráneos. Desde una óptica más doméstica y convivencial, los museos pedagógicos son, a su vez instancias de socialización y fomento de la vida comunitaria, en tanto en cuanto consigan canalizar la participación ciudadana e involucrar en su organización y gestión a la población circundante, lo que sin duda ha de comportar para ella, entre otras virtualidades, una vía de enriquecimiento cultural y una ocasión propicia para «construir señas de identidad personal y colectiva», lo que en último término viene a configurar «una forma más de construir ciudad educadora [] o dinamizar la vida asociativa de una comarca tomando como referente la red de museos, entre ellos, el pedagógico, si llega el caso».

Para terminar, si tuviésemos que espijar una idea matriz subyacente o explícita en la decena de trabajos que componen la monografía aquí glosada, posiblemente sería que el museísmo pedagógico —y con él en parte también el museísmo etnográfico, por las convergencias y afinidades entre ambos— superadas, aunque no de manera generalizada, las etapas iniciales de preferente focalización hacia la recuperación, salvaguarda y patrimonialización de sus acervos materiales, encara en la actualidad una nueva etapa caracterizada por su apertura y vinculación a la comunidad en la que cada iniciativa concreta se inscribe, de la que proviene y a la que se debe, a fin de servir de agente catalizador de su desarrollo educativo y cultural. Esto no solo hace posible sino que además reclama de modo irrenunciable la coexistencia de centros museísticos diseminados estratégicamente por todo el territorio y cercanos a los núcleos primarios de población con la presencia de museos de ámbito autonómico, provincial o de distrito, según los casos, que actúen de órganos rectores, coordinando y armonizando la labor de los primeros, para llevar a término conjuntamente actuaciones en sus respectivos ámbitos, diseñadas con criterios técnicos de calidad, eficacia y eficiencia pedagógica. Centralidad y desconcentración podrían, pues, conciliarse en beneficio de la optimización de recursos que revirtieran en favor de la ciudadanía y de la colectividad, alentando e implementando tareas que fomentasen la formación, indagación, promoción, estudio y deleite de sus integrantes. Los museos pedagógicos y etnográficos cumplirían así con las funciones y cometidos que les asignan los organismos internacionales. Un logro, ciertamente, ambicioso y prometedor.

VICENTE PEÑA SAAVEDRA
Universidade de Santiago de Compostela